

TALLER

La novela de mi vida

ANEXO Textos para
participantes



SERPAT
Ministerio de las
Culturas, las Artes
y el Patrimonio

Gobierno de Chile



Biblio
Redes

SESIÓN 1: ¿Quién soy?	22
Contar historias,	
La contadora de películas	
Evaluna	
Memorias de mujeres encarceladas	
Confieso que he vivido	
La loca de la casa	
SESIÓN 2: El peligro de la historia única	28
El peligro de la historia única	
SESIÓN 3: Comer, creer, amar	30
Tu receta migrante	
Como agua para chocolate	
La sopa de piedra	
Oda al caldillo de congrio	
Elegí vivir	
Malala. Mi historia	
Voyager	
El mundo de Sofía	
Carta a mi abuelo	
El hombre en busca del sentido	
Rayuela	
La hija única	
SESIÓN 4: Mis lugares	49
El color de la piel	
La vergüenza	
Al sur de la Alameda	
La vida simplemente	
Tango El cafetín de Buenos Aires	
SESIÓN 5: Desde el cuerpo	59
La metamorfosis	
Bajo el sol de Kenia	
El tatuador de Auschwitz	
Elegí vivir	
SESIÓN 6: Hacia el futuro	66
No te rindas	
Instantes	
Carta hacia el futuro	
ANEXO	71



SESIÓN 1: ¿Quién soy?

PING PONG AUTOBIOGRÁFICO

1. Año y lugar de nacimiento:
2. Una comida preferida:
3. Un equipo de fútbol:
4. Una canción:
5. Una lectura:
6. Una película o programa de televisión:
7. Una persona importante para mí:
8. Alguien a quien me gustaría ver otra vez:
9. Un sueño que me gustaría realizar:

Contar historias, Mario Vargas Llosa

Inventar y contar historias es tan antiguo como hablar, un quehacer que debió nacer y crecer con el lenguaje, cuando de los gruñidos, los murmullos, la gesticulación y las muecas, nuestros antepasados, esos seres primitivos, ya no simios pero todavía no humanos, comenzaron a intercambiar palabras... ¿Qué se contaban esos bípedos, allá, en el fondo de los siglos, en esas noches llenas de espanto y asombro, alrededor de las fogatas, bajo el resplandor de las estrellas?

Se contaban lo que les ocurría, pero esa vida hecha de palabras no era la misma vida que pretendían reproducir las historias: era una vida alterada por el lenguaje, la exageración y la vanidad de los contadores, por el vuelo de su imaginación y por las trampas de la memoria. Pero se contaban, también, y acaso sobre todo, lo que no les ocurría, o, mejor dicho, lo que sólo les ocurría en el impalpable y secreto mundo de los deseos, de los instintos, apetitos y sueños: los goces y los excesos codiciados, las aventuras imposibles, las apariciones temidas, los milagros.

La contadora de películas, Hernán Rivera Letelier

En la familia éramos cinco hermanos. Cuatro hombres y yo. Los cinco hacíamos una escala real perfecta, en tamaño y edades. Yo era la menor. ¿Se imaginan lo que significa crecer en una casa con puros hermanos varones? Nunca jugué a las muñecas. En cambio, era campeona para las bolitas y el juego de palitroques. Y al matar lagartijas en las calicheras no me ganaba nadie. Donde ponía el ojo, paf, lagartija muerta.

Andaba a pata pelada todo el santo día, fumaba a escondidas, llevaba una gorra de visera y hasta había aprendido a mear parada. Se mea parada, se orina acuclillada.

Y lo hacía en cualquier parte de la pampa, tal como mis hermanos. Incluso en las competencias de quién llegaba más lejos a veces les ganaba por más de una cuarta. Y en contra del viento. Cuando cumplí los siete años entré a la escuela. Aparte del sacrificio de tener que usar polleras, me costó un kilo acostumbrarme a orinar como las señoritas. Me costó más que aprender a leer.

Eva Luna, Isabel Allende

Me llamo Eva, que quiere decir vida, según un libro que mi madre consultó para escoger mi nombre. Nací en el último cuarto de una casa sombría y crecí entre muebles antiguos, libros en latín y momias humanas, pero eso no logró hacerme melancólica, porque vine al mundo con un soplo de selva en la memoria. Mi padre, un indio de ojos amarillos, provenía del lugar donde se juntan cien ríos, olía a bosque y nunca miraba al cielo de frente, porque se había criado bajo la cúpula de los árboles y la luz le parecía indecente. Consuelo, mi madre, pasó la infancia en una región encantada, donde por siglos los aventureros han buscado la ciudad de oro puro que vieron los conquistadores cuando se asomaron a los abismos de su propia ambición. Quedó marcada por el paisaje y de algún modo se las arregló para traspasarme esa huella.

Memorias de mujeres carcelarias, Mujeres privadas de libertad CPF San Miguel.

Por qué escribir

Para contar mi historia, la manera en que viví esta etapa de mi vida, mi experiencia.

Quisiera poder aprender más de literatura y mis derechos aquí privadas de libertad, por un trato justo.

Porque al escribir liberamos nuestra mente, sacamos nuestros pensamientos y este es el primer paso para materializar nuestra libertad real.

Escribir para sentir.

Gracias a la escritura uno puede desahogarse, escribiendo sus emociones y sentimientos y pensamientos sin que nadie te juzgue.

Para desahogarme, me gusta porque es un escape del encierro.

Escribo ahora al final y al principio porque en años no nos han pescado y nuestra palabra vale más que la de los muros de las cárceles.

Confieso que he vivido, Pablo Neruda

Comenzaré por decir, sobre los días y años de mi infancia, que mi único personaje inolvidable fue la lluvia. La gran lluvia austral que cae como una catarata del Polo, desde los cielos del Cabo de Hornos hasta la frontera. En esta frontera, o Far West de mi patria, nací a la vida, a la tierra, a la poesía y a la lluvia.

Por mucho que he caminado me parece que se ha perdido ese arte de llover que se ejercía como un poder terrible y sutil en mi Araucanía natal. Llovía meses enteros, años enteros. La lluvia caía en hilos como largas agujas de vidrio que se rompían en los techos, o llegaban en olas transparentes contra las ventanas, y cada casa era una nave que difícilmente llegaba a puerto en aquel océano de invierno.

Esta lluvia fría del sur de América no tiene las rachas impulsivas de la lluvia caliente que cae como un látigo y pasa dejando el cielo azul. Por el contrario, a lluvia austral tiene paciencia y continúa, sin término, cayendo desde el cielo gris.

Frente a mi casa, la calle se convirtió en un inmenso mar de lodo. A través de la lluvia veo por la ventana que una carreta se ha empantanado en medio de la calle. Un campesino, con manta de castilla negra, hostiga a los bueyes que no pueden más entre la lluvia y el barro.

Por las veredas, pisando en una piedra y en otra, contra frío y lluvia, andábamos hacia el colegio. Los paraguas se los llevaba el viento. Los impermeables eran caros, los guantes no me gustaban, los zapatos se empapaban. Siempre recordaré los calcetines mojados junto al brasero y muchos zapatos echando vapor, como pequeñas locomotoras. Luego venían las inundaciones, que se llevaban las poblaciones donde vivía la gente más pobre, junto al río.

La loca de la casa, Rosa Montero

Me he acostumbrado a ordenar los recuerdos de mi vida con un cómputo de novios y de libros. Las diversas parejas que he tenido y las obras que he publicado son los mojones que marcan mi memoria, convirtiendo el informe barullo del tiempo en algo organizado. «Ah, aquel viaje a Japón debió de ser en la época en la que estaba con J., poco después de escribir Te trataré como a una reina», me digo, e inmediatamente las reminiscencias de aquel periodo, las desgastadas pizcas del pasado, parecen colocarse en su lugar. Todos los humanos recurrimos a trucos semejantes; sé de personas que cuentan sus vidas por las casas en las que han residido, o por los hijos, o por los empleos, e incluso por los coches. Puede que esa obsesión que algunos muestran por cambiar de automóvil cada año no sea más que una estrategia desesperada para tener algo que recordar.

Mi primer libro, un horrible volumen de entrevistas plagado de erratas, salió cuando yo tenía veinticinco años; mi primer amor lo suficientemente contundente como para marcar época debió de ser en torno a los veinte años. Esto quiere decir que la adolescencia y la infancia se hunden en el magma amorfo y movedizo del tiempo sin tiempo, en una turbulenta confusión de escenas sin datar. En ocasiones, leyendo las autobiografías de algunos escritores, me pasma la cristalina claridad con que recuerdan sus infancias hasta en el más mínimo detalle. Sobre todo los rusos, tan rememorativos de una niñez luminosa que siempre parece la misma, llena de samovares que destellan en la plácida penumbra de los salones y de espléndidos jardines de susurrantes hojas bajo el quieto sol de los veranos.

Son tan iguales estas paradisiacas infancias rusas que una no puede menos que suponerlas una mera recreación, un mito, un invento. Cosa que sucede con todas las infancias, por otra parte. Siempre he pensado que la narrativa es el arte primordial de los humanos. Para ser, tenemos que narrarnos, y en ese cuento de nosotros mismos hay muchísimo cuento: nos mentimos, nos imaginamos, nos engañamos.

Lo que hoy relatamos de nuestra infancia no tiene nada que ver con lo que relataremos dentro de veinte años. Y lo que uno recuerda de la historia común familiar suele ser completamente distinto de lo que recuerdan los hermanos.

A veces intercambio unas cuantas escenas del pasado con mi hermana Martina, como quien cambia cromos: y el hogar infantil que dibujamos una y otra apenas si tiene puntos en común. Sus padres se llamaban como los míos y habitaban en una calle con idéntico nombre, pero eran indudablemente otras personas.

De manera que nos inventamos nuestros recuerdos, que es igual que decir que nos inventamos a nosotros mismos, porque nuestra identidad reside en la memoria, en el relato de nuestra biografía. Por consiguiente, podríamos deducir que los humanos somos, por encima de todo, novelistas, autores de una única novela cuya escritura nos lleva toda la existencia y en la que nos reservamos el papel protagonista. Es una escritura, eso sí, sin texto físico, pero cualquier narrador profesional sabe que se escribe, sobre todo, dentro de la cabeza. Es un runrún creativo que te acompaña mientras conduces, cuando paseas al perro, mientras estás en la cama intentando dormir. Uno escribe todo el rato.

● SESIÓN 2: El peligro de la historia única

El peligro de la historia única, Chimamanda Ngozi Adichie

(...) Años después, pensé en ello cuando dejé Nigeria para estudiar en la universidad en Estados Unidos. Tenía diecinueve años. Y dejé impresionada a mi compañera de habitación, estadounidense. La chica me preguntó dónde había aprendido a hablar inglés tan bien, y le desconcertó descubrir que el idioma oficial de Nigeria es el inglés. Me pidió escuchar lo que llamó mi «música tribal», y se llevó una gran decepción cuando saqué mi cinta de Mariah Carey. Además, mi compañera de cuarto daba por hecho que yo no sabría utilizar la cocina.

A mí, lo que me impresionó fue lo siguiente: ella se había apiadado de mí incluso antes de conocerme. Su actitud por defecto hacia mí, en tanto que africana, era una especie de lástima bienintencionada y paternalista. Mi compañera de habitación conocía una única historia sobre África, un relato único de catástrofes. En esa historia no cabía la posibilidad de que los africanos se le parecieran en nada, no había lugar para sentimientos más complejos que la pena ni posibilidad de conexión entre iguales. (...)

(...) Debería apresurarme a añadir que, en lo tocante al relato único, soy igual de culpable. Hace unos años visité México. En ese momento en Estados Unidos reinaba un clima político tenso y se discutía mucho sobre inmigración. Y, como suele ocurrir en Estados Unidos, inmigración se convirtió en sinónimo de mexicanos. Se contaban historias sin fin sobre mexicanos que saqueaban el sistema sanitario, se colaban por la frontera y eran arrestados, ese tipo de cosas.

Recuerdo salir a dar una vuelta mi primer día en Guadalajara, ver a la gente que iba a trabajar, preparaba tortillas en el mercado, fumaba, reía. Recuerdo una ligera sorpresa inicial. Y luego, una vergüenza abrumadora. Comprendí que estaba tan inmersa en la cobertura mediática de los mexicanos que, en mi cabeza, se habían convertido en una sola cosa: el abyecto inmigrante. Había aceptado el relato único sobre los mexicanos, y no podía sentirme más avergonzada.

Así es como se crea una historia única, se muestra a un pueblo solo como una cosa, una única cosa, una y otra vez, y al final lo conviertes en eso.

(...) Cuando, hace unos años, descubrí que se espera que los escritores hayan tenido una infancia realmente infeliz para triunfar, empecé a plantearme qué cosas horribles podía inventar que me habían hecho mis padres. Pero la verdad es que tuve una infancia muy feliz, repleta de risas y amor, en una familia muy unida.

Pero también tuve abuelos que murieron en campos de refugiados. Mi primo Polle falleció por no poder recibir el tratamiento médico adecuado. Uno de mis mejores amigos, Okoloma, murió en un accidente de avión porque nuestros camiones de bomberos no tenían agua. Crecí bajo regímenes militares represivos que menospreciaban la educación y, por tanto, a veces mis padres no recibían su salario. Así que, de niña, vi desaparecer la mermelada de la mesa del desayuno, luego la margarina, después el pan se encareció demasiado y racionaron la leche. Y, sobre todo, una especie de miedo político normalizado invadía nuestras vidas.

Todas estas historias me convirtieron en quien soy. Pero insistir solo en las historias negativas supone simplificar mi experiencia y pasar por alto otras muchas historias que también me han formado. El relato único crea estereotipos, y el problema con los estereotipos no es que sean falsos, sino que son incompletos. Convierten un relato en el único relato

(...) Siempre he tenido la impresión de que es imposible conocer debidamente un lugar o a una persona sin conocer todas las historias de ese lugar o esa persona. La consecuencia del relato único es la siguiente: priva a las personas de su dignidad. Nos dificulta reconocer nuestra común humanidad. Enfatiza en qué nos diferenciamos en lugar de en qué nos parecemos.



SESIÓN 3: Comer, creer, amar

Tu receta, tu historia migrante, Consejo Nacional de las Culturas y las Artes

Maíz empedrao. Mi nombre es Elba Caicedo, soy colombiana y afrodescendiente. A la edad de 13 años perdí a mi madre; nunca pensé que quedaría huérfana a tan temprana edad. Hasta ese instante nunca sentí algo por la cocina, pero entendí que debía vivir de alguna forma y ese fue mi camino.

Poco a poco comencé a recordar a esas grandes mujeres que eran mi madre y mi abuela. Su memoria me obligó a mantener viva esa comida ancestral, esa tradición que se pasa de voz en voz, que no queda escrita para mantener su esencia, pero que no se puede olvidar, ya que es parte de nuestra historia y, en este caso, de mi vida. Nací en el Chocó colombiano, Nóvita es el nombre de mi pueblo, perdido en medio de la selva, donde vivía junto a mi familia. Existen muchas canciones que hablan de muchos personajes ilustres nacidos en Nóvita, pero la verdad es que no conocí a ninguno.

Mis recuerdos más lindos son de Agua Clara, el caserío donde vivían mis abuelos, a los que visitábamos en vacaciones. La electricidad no llegaría hasta dentro de mucho, por lo que las carnes que comíamos se ahumaban o salpresaban para conservarlas. Guardo vivo el olor de la cocina donde se realizaban estos procesos. Carnes de cerdo, gallina o animales de monte colgaban en esa cocina.

Mientras redacto estas líneas vuelvo a observar a mi abuela y mi madre quebrando el maíz en unas piedras molidoras gigantes para preparar el arroz empedrado. Este es el plato que más me recuerda a las mujeres que me mostraron la cocina y me conectaron con mis raíces africanas y del Pacífico colombiano.

Después de la molienda venía el lavado, para luego comenzar su cocción, donde se agregaba la carne de cerdo ahumada. Recuerdo la vajilla de mi abuela y el emplatado antes de sentarnos a comer, mientras el sol caía. Esta receta es un plato ancestral y lleva el nombre como característica de la molienda del maíz en piedra al estilo indígena. La cocina del Pacífico colombiano, con influencias ancestrales, se distingue por sazonar con hierbas aromáticas y medicinales sus comidas, usando muy pocas semillas.

La historia negra de mi niñez me acompaña donde vaya. Hoy está conmigo aquí en Chile, y es precisamente acá, al caer la tarde, donde vuelvo a recordar a mi madre y mi abuela al preparar esta receta.

TIEMPO DE PREPARACIÓN: 120 min.

DIFICULTAD: baja

PORCIONES 4-6

INGREDIENTES

1/2 k de carne de cerdo ahumada	1 cebolla
1/2 k de maíz trillado amarillo (se puede conseguir en La Vega central)	1 paquete de cilantro
	250 g de refrito
1/2 k de queso costeño	1 1/2 de agua
Aceite achiotado	Sal a gusto

PREPARACIÓN

1. Se desagua la carne (enjuagándola unos minutos bajo el chorro de agua para suavizar su sabor), luego se pone a cocer en olla a presión por 45 a 50 minutos con la cebolla cortada y el cilantro. Una vez cocida, se toza y reserva.
2. En una olla se mezcla el maíz crudo y lavado (el cual ya viene partido o molido) con el refrito. Se agrega el aceite, el agua o el caldo de la cocción de la carne, se sala a gusto y se deja cocinar a fuego medio, revolviendo constantemente por 20 minutos. Luego se agrega la carne y 3 minutos antes de apagar el fuego, se agrega el queso. Servir caliente. La consistencia del guiso es ligeramente asopada (tipo risotto).
3. Optativo: se puede agregar cilantro picado para dar color y frescura.

Como agua para chocolate, Laura Esquivel

IX. Septiembre. Chocolate y Rosca de reyes

INGREDIENTES

	2 libras de cacao Maracaibo
2 libras de cacao Soconusco	
	Azúcar según el gusto
2 libras de cacao Caracas	

Manera de hacerse: La primera operación es tostar el cacao. Para hacerlo es conveniente utilizar una charola de hojalata en vez del comal (...) Tita extrajo sólo media cucharadita del aceite para mezclarlo con aceite de almendras y preparar una excelente pomada para los labios. En invierno se le partían invariablemente, tomara las precauciones que tomara. Cuando era niña esto le causaba gran malestar, pues cada vez que se reía, se le abrían sus carnosos labios y le sangraban produciéndole un intenso dolor. Con el tiempo lo fue tomando con resignación. El único interés que la movía a preparar la pomada era que por la noche vendrían a la casa algunos invitados a partir la rosca de Reyes. Por vanidad, no porque pensara reírse mucho, quería tener los labios suaves y brillantes durante la velada. La sospecha de estar embarazada no la hacía sentirse como para tener la risa a flor de labio (...)

Prefería tratar de no atormentarse más y procurar desviar los pensamientos de su mente hacia cosas más triviales como la preparación de una buena pomada. Para esto no hay como la crema de cacao. Cuando el cacao ya está tostado como se indicó, se limpia utilizando un cedazo para separar la cáscara del grano. Debajo del metate donde se ha de moler, se pone un cajete con buena lumbre y cuando ya está caliente el metate, se procede a moler el grano. Se mezcla entonces con el azúcar, machacándolo con un mazo y moliendo las dos cosas juntas. En seguida se divide la masa en trozos. Con las manos se moldean las tablillas según el gusto, y se ponen a orear. Con la punta de un cuchillo se le pueden señalar las divisiones que se deseen. Mientras Tita daba forma a las tablillas, añoró con tristeza los días de Reyes de su infancia, en los que no tenía problemas tan serios. (...)

¡Si pudiera volver un solo momento a aquella época para traerse de regreso un poco de la alegría de esos instantes y poder preparar la rosca de Reyes con el mismo entusiasmo que entonces!

Si pudiera comerla más tarde con sus hermanas como en los viejos tiempos (...), como cuando al sacarse el muñeco de la rosca se tenía la esperanza de que lo que se deseara se cumpliría milagrosamente al pie de la letra.

La vida le había enseñado que la cosa no era fácil, que son pocos los que pasándose de listos logran realizar sus deseos a costa de lo que sea, y que obtener el derecho de determinar su propia vida le iba a costar más trabajo del imaginado. Esta lucha la tendría que dar sola, y esto le pesaba. En fin, dejando orear al lado de sus recuerdos las tablillas de chocolate que acababa de terminar, se dispuso a preparar la rosca de Reyes.

INGREDIENTES	1 1/2 tazas de leche
30 g de levadura	300 g de azúcar
1 1/4 kg. de harina	300 g de mantequilla
8 huevos	250 g de frutas cubiertas
2 cucharadas de agua de azahar	1 muñeco de porcelana

Manera de hacerse: Con las manos, o utilizando un tenedor se desbarata la levadura en un cuarto de kilo de harina, agregándole poco a poco media taza de leche tibia. Cuando están bien incorporados los ingredientes se amasan un poco y se dejan reposar en forma de bola, hasta que la masa crezca el doble de su tamaño (...) Por lo pronto lo mejor era que continuara preparando la rosca de Reyes, pues la masa con levadura que había dejado reposando mientras platicaba con Rosaura ya estaba lista para el paso siguiente. Con el kilo de harina se forma una fuente sobre la mesa. En el centro se ponen todos los ingredientes y se van amasando empezando por los del centro y tomando poco a poco la harina de la fuente, hasta que se incorpora toda. Cuando la masa que contiene la levadura ha subido al doble de su tamaño, se mezcla con esta otra masa, integrándolas perfectamente, hasta el punto en que se desprendan de las manos con toda facilidad. Entonces se vacía la masa en un recipiente hondo, engrasado. Se tapa con una servilleta y se espera a que suba nuevamente al doble de su tamaño. Hay que tener en cuenta que la masa tarda aproximadamente dos horas en duplicar su tamaño y es necesario que lo haga tres veces, antes de poder meterla al horno.

(...) Cuando la masa ya dobla su tamaño por segunda vez, se vacía sobre la mesa y se hace una tira con ella. En medio se le ponen, si se desea, algunas frutas cubiertas en trozos. Si no, solamente el muñeco de porcelana, al azar. Se enrolla la tira metiendo una punta en la otra. Se pone sobre una lámina engrasada y enharinada con la unión hacia abajo. Se le da la forma de rosca, dejando bastante espacio entre la misma y la orilla de la lámina, pues todavía va a doblar su tamaño una vez más.

Mientras tanto se enciende el horno para mantener una temperatura agradable en la cocina, hasta que termine de esponjarse la masa. Antes de introducir el muñeco de porcelana en la rosca, Tita lo observó detenidamente.

Según la tradición, la noche del 6 de enero se parte la rosca y la persona que saca el muñeco que viene escondido dentro de ella queda obligado a celebrar una fiesta el 2 de febrero, día de la Candelaria, cuando hay que levantar del nacimiento al niño Jesús. Desde que eran muy niñas esta tradición se había convertido en una especie de competencia entre ella y sus hermanas. Se consideraba muy afortunada a la que tenía la suerte de quedarse con el muñeco. Por la noche podría pedir un deseo apretándolo fuertemente con las dos manos. Observando detenidamente las delicadas formas del muñeco, pensaba lo fácil que era desear cosas durante la niñez.

Entonces no hay imposibles.

La sopa de piedra, adaptación del cuento popular portugués

En cierta ocasión, un viajero que iba cargado con un ligero petate y una olla vacía, llegó a un pueblo que no conocía. Llevaba días caminando y estaba sucio, cansado y sobre todo hambriento.

Se dirigió a la plaza y vio que estaba muy animada. Entre el bullicio distinguió a algunas personas sentadas degustando buenos trozos de queso con pan de hogaza y refrescándose a base de beber vino de la última cosecha.

Se acercó a ellas y les pidió por favor si podían invitarle a comer algo pues hacía más de dos días que no se llevaba nada a la boca. Por desgracia, nadie quiso compartir con él ni unas migajas.

Entristecido pero sin perder el ánimo, avistó una fogata en medio de la plazoleta.

Cogió su olla, la llenó de agua en la fuente pública y metió dentro una piedra limpia y lisa del tamaño de una naranja.

La gente, extrañada, se acercó a él.

- ¿Qué hace usted? ¿Acaso va a cocinar un pedrusco? - le preguntó un lugareño descarado, cuya voz sobresalió entre los murmullos de la gente que se miraba con cara de asombro.

- Tengo una piedra que podría decirse que es mágica y hace la mejor sopa del mundo. Ahora mismo ustedes van a comprobarlo con sus propios ojos.

Decenas de personas se arremolinaron en torno al viajero. ¿Una sopa mágica? ¡Eso había que verlo! La expectación era máxima.

Cuando el agua empezó a hervir, el extraño vagabundo sacó una cuchara de su bolsa y la probó.

- ¡Uhhmm!... ¡Qué rica está quedando mi sopa! Claro que si tuviera algo de carne estaría más sabrosa...

Uno de los lugareños le dio un pedazo de jamón que acababa de comprar.

- Pruebe a echarle esto, a ver si ayuda a mejorar su sabor.

Al rato, el viajero la probó de nuevo.

- Realmente está más rica, pero con un poco de verdura quedaría aún más exquisita - exclamó en alto para que todos le escucharan.

Una mujer que salía del mercado y se había unido al curioso grupo, también quiso contribuir a esa curiosa receta.

- Tenga... unas zanahorias y unas berzas para añadir al caldo.

El hombre las aceptó encantado, las echó a la olla y se llevó un poco de líquido caliente a los labios.

- ¡Qué maravilla! Pocas veces he comido algo tan delicioso... ¿Alguien tiene media docena de patatas y un poco de sal para realzarla un poco más? ¡Esto ya casi está!

- ¡Yo tengo! - dijo un muchacho deseoso de probar la sopa -.

- Espere un momento que me acerco a casa y ahora mismo le traigo lo que le falta.

Tal como había prometido, el chico apareció minutos después con las patatas y la sal, que fueron a parar a la cazuela junto con los demás ingredientes.

Cuando la sopa estaba en su punto, el viajero dijo a todos los allí presentes que fueran a buscar un plato. ¡Tenían que probar aquella maravilla!

Hombres, mujeres y niños degustaron la sopa de piedra y la encontraron espectacular.

El perspicaz e inteligente viajero había conseguido que la gente del pueblo creyera que estaba tan rica por los efectos mágicos de la piedra, cuando en realidad, estaba buenísima porque entre todos habían llenado la olla de buena comida y sabrosos condimentos.

Una vez que el hombre sació su apetito y se sintió con fuerzas, lavó la piedra y se la metió en el bolsillo. ¡Probablemente volvería a necesitarla para poder comer!

Oda al caldillo de congrio, Pablo Neruda

EN el mar
tormentoso
de Chile
vive el rosado congrio,
gigante anguila
de nevada carne.
Y en las ollas
chilenas,
en la costa,
nació el caldillo
grávido y succulento,
provechoso.
Lleven a la cocina
el congrio desollado,
su piel manchada cede
como un guante
y al descubierto queda
entonces
el racimo del mar,
el congrio tierno
reluce
ya desnudo,

preparado
para nuestro apetito.
Ahora
recoges
ajos,
acaricia primero
ese marfil
precioso,
huele
su fragancia iracunda,
entonces
deja el ajo picado
caer con la cebolla
y el tomate
hasta que la cebolla
tenga color de oro.
Mientras tanto
se cuecen
con el vapor
los regios
camarones marinos
y cuando ya llegaron

a su punto,
cuando cuajó su sabor
en una salsa
formada por el jugo
del océano
y por el agua clara
que desprendió la luz de la cebolla,
entonces
que entre el congrio
y se sumerja en gloria,
que en la olla
se aceite,
se contraiga y se impregne.
Ya sólo es necesario
dejar en el manjar
caer la crema
como una rosa espesa,
y al fuego
lentamente
entregar el tesoro
hasta que en el caldillo
se calienten
las esencias de Chile,

y a la mesa
lleguen recién casados
los sabores
del mar y de la tierra
para que en ese plato
tú conozcas el cielo.

Elegí Vivir, Daniela García

Mi vida continúa. Aún recuerdo mis primeras semanas en el hospital, cuando creía que iba a poder retomar mis estudios en unos meses, que las prótesis reemplazarían completamente las partes que perdí, que todo volvería a ser exactamente igual que antes. ¡Qué error! Todo cambió, nada es como solía ser.

Antes del accidente se podría decir que mi existencia era bastante normal. Vivía con mi familia, pololeaba y estudiaba la carrera que había escogido. Mis máximas preocupaciones eran la prueba de la próxima semana o tonteras así. Tenía muchos planes, era feliz. Es increíble cómo de pronto, en un segundo, todo cambia. Los noticieros muestran tragedias horribles y, aunque nos afectan, nunca pensamos que nos pueden ocurrir a nosotros. ¿Por qué creemos que somos una especie de seres invulnerables? Mi vida ahora es muy distinta. Muy diferente a lo que hubiese imaginado para mí. Pero he aprendido algo muy importante: no porque sea distinta significa que sea mala. No porque en nuestra vida acontezca algo terrible significa que en nuestro futuro no volverán a haber alegrías. Desde que tuve el accidente he recibido más cariño del que nunca creí que existiese, he conocido a personas maravillosas, me he acercado mucho más a mi familia, a mis amigos y a Ricardo. Cada logro que he alcanzado, cada cosa nueva que he aprendido me ha traído las alegrías más grandes que he sentido en mi vida. Ahora vivo más tranquila, ya no me preocupo de las banalidades por las que antes me desvelaba. Disfruto más de las cosas simples, valoro la amistad y el cariño.

Mis metas siguen siendo las mismas que tuve antes del accidente. Todavía quiero llegar a ser una buena doctora, tanto en conocimiento como en mi relación con los pacientes. Quiero casarme y formar una familia, ser una buena madre. Pero lo más importante, quiero ser feliz. Sé que los caminos que deba recorrer serán distintos a los que tenía planeados, probablemente más largos, pero eso no significa que no llegaré adonde me lo proponga. Sólo tengo que esforzarme. ¿Volvería el tiempo atrás si pudiera? Siempre voy a extrañar mis manos y mis piernas. Eran parte de mí y las perdí. Pero son tantas las cosas maravillosas que he vivido después del accidente que no puedo dejar de pensar que todo tiene un sentido, un porqué. Tal vez más adelante lo entienda mejor. Sólo puedo decir, como siempre lo he pensado, que creo que la vida es un regalo maravilloso, ¡y vale la pena vivirla!

Malala. Mi historia, Malala Yousafzai

4. Una advertencia de Dios. Un día de otoño, cuando todavía estaba en la escuela primaria, los pupitres comenzaron a temblar y a tambalearse. Las clases todavía eran mixtas a esa edad y niños y niñas empezamos a gritar “¡Terremoto!”. Corrimos afuera y algunas de nosotras nos caímos cuando nos apiñamos en la estrecha puerta. No congregamos alrededor de nuestras maestras buscando seguridad y consuelo, como polluelos alrededor de su madre gallina. Algunas niñas lloraban.

Vivíamos en una región en la que se producían terremotos con frecuencia, pero éste parecía distinto. Incluso cuando volvimos a clase, los edificios seguían temblando y aquel ruido sordo no se detenía. La señorita Ulfat, mi maestra preferida, nos dijo que nos tranquilizáramos. Nos aseguró que se pasaría enseguida. Pero cuando a los pocos minutos del primero se produjo otro fuerte terremoto, nos enviaron a casa a todos. Al llegar a casa encontré a mi madre sentada en el patio (donde se sentía más segura porque no había un tejado sobre su cabeza). Estaba recitando versículos del Corán mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Las réplicas continuaron hasta entrada la noche y, cada vez, mi madre corría afuera e insistía en que saliéramos con ella. Mi padre le dijo que no asustara a los niños, pero ¡nosotros ya estábamos asustados porque el cielo estaba temblando! Aquel terremoto del 8 de octubre de 2005 fue uno de los peores de la historia. Alcanzó 7,6 grados en la escala Richter y se sintió hasta Kabul y en Delhi. Las réplicas continuaron durante más de un mes. Mingora, nuestra ciudad, no fue de las más afectadas, pero las zonas del norte de Pakistán, incluida nuestra querida Shangla, quedaron devastadas.

Cuando por fin tuvimos noticias de nuestros allegados y amigos de Shangla, nos dieron que habían creído que era el fin del mundo. Describieron el rugido de las rocas al caer por las laderas y cómo todos habían salido corriendo de sus casas recitando el Corán, los gritos cuando se desplomaban los tejados y los berridos de los búfalos y las cabras. Estaban atemorizados; y cuando la destrucción acabó, esperaron que les llegara ayuda. El gobierno tardó en llegar, pero de inmediato se presentaron voluntarios de un grupo religioso conservados llamado Tehrik-e-Nifaz-e-Sharia-e-Mohammadi (TNSM). Movimiento para la Aplicación de la Ley Islámica, dirigido por Sufi Mohammad y su cuñado, el maulana Fazlullah.

Al final, el gobierno intentó hacer algo, y llegó ayuda de los estadounidenses (que tenían cerca tropas y helicópteros en Afganistán). Pero la mayoría de los voluntarios y la ayuda médica eran de organizaciones que estaban vinculadas a grupos militantes como el TNSM. Ayudaron a desescombrar y a reconstruir aldeas. Dirigieron las oraciones y enterraron los cadáveres. Recogieron a muchos de los once mil niños huérfanos. En nuestra cultura los huérfanos normalmente son adoptados por la familia extensa, pero el terremoto fue tan terrible que muchas familias habían perecido o lo habían perdido todo, por lo que no podían hacerse cargo de más niños. Muchos de los huérfanos fueron llevados vivir a madrasas fundamentalistas.

Los mulás del TNSM predicaban que el terremoto había sido una advertencia de Dios. Si no nos corregíamos e instaurábamos la sharía o ley islámica, se nos infringirían castigos más severos.

Después del terremoto todo el país permaneció largo tiempo conmocionado. Éramos vulnerables. Esto hizo mucho más fácil que alguien con malas intenciones usara el miedo de la gente en beneficio propio.

Voyager, Nona Fernández

La constelación del cangrejo es el cuarto signo del zodiaco. Esto quiere decir, en lenguaje astrológico, no astronómico, que los nacidos en el momento en que el sol pasaba aparentemente frente a esta constelación pertenecen al signo de Cáncer y reciben su influencia. Desde ese primer grito que di un frío día de invierno, entiendo que soy, astrológicamente hablando, parte de ese grupo de personas.

Para la astrología la posición de los astros en el momento del nacimiento determina la vida de un individuo. Así como nacer en una clínica en América del Sur, en Santiago de Chile, el año 1971, hija de una madre solitaria y de un padre casado con otra mujer, configura un punto de partida en el mapa a recorrer, la astrología plantea que de la misma forma poseemos un contexto en el universo. Siguiendo esa línea lógica, no somos inmunes al influjo energético de lo que ocurre allá arriba y todo lo que ahí pasa, aunque lo ignoremos, nos ha determinado y nos sigue determinando.

El mundo de Sofía, Jostein Gaarder

Los mitos. A la mañana siguiente, no había ninguna carta para Sofía. Pasó aburrida en el instituto (...) De nuevo se encontró delante del buzón y había un sobre. Sacó nuevas hojas y comenzó a leer.

[Carta] La visión mítica del mundo

¡Hola, Sofía! Tenemos mucho que hacer, de modo que empecemos ya. Por filosofía entendemos una manera de pensar totalmente nueva que surgió en Grecia alrededor del año 600 AC. Hasta entonces, habían sido las distintas religiones las que habían dado a la gente las respuestas a todas esas preguntas que se hacían. Estas explicaciones religiosas se transmitieron de generación en generación a través de los mitos. Un mito es un relato sobre dioses, un relato que pretende explicar el principio de la vida. Por todo el mundo ha surgido una enorme flora de explicaciones míticas a las cuestiones filosóficas. Los filósofos intentaron enseñar a los humanos que no debían fiarse de tales explicaciones.

Para poder entender la manera de pensar de los primeros filósofos, necesitamos comprender lo que quiere decir tener una visión mítica del mundo. Utilizaremos como ejemplos algunas ideas de la mitología nórdica. Seguramente habrás oído hablar de Tor y su martillo. Antes de que el cristianismo llegara a Noruega, la gente creía que Tor viajaba por el cielo en un carro tirado por dos machos cabríos. Cuando agitaba su martillo, había truenos y rayos. La palabra noruega torden (truenos) significa precisamente eso, ruidos de Tor. Cuando hay rayos y truenos, también suele llover. La lluvia tenía una importancia vital para los agricultores en la época vikinga; por eso Tor fue adorado como el dios de la fertilidad. Es decir: la respuesta mítica a porque llueve, era que Tor agitaba su martillo; y, cuando llovía, todo crecía bien en el campo. Resultaba en sí incomprendible cómo las plantas crecían y daban frutos, pero los agricultores intuían que tenía que ver con la lluvia. Y, además, todos crecían que la lluvia tenía algo que ver con Tor, lo que le convirtió en uno de los dioses más importantes del Norte. Tor también era importante en otro contexto, que tenía que ver con todo el concepto del mundo.

Los vikingos se imaginaban que el mundo habitado era una isla constantemente amenazada por peligros externos. A esa parte del mundo la llamaban Midgard (el patio en el medio): el reino situado en el medio.

En Midgard se encontraba además Asgard (el patio de los dioses), que era el hogar de los dioses. Fuera de Midgard estaba Urgard (el patio de afuera). Aquí vivían los peligrosos trolls que constantemente intentaban destruir el mundo mediante astutos trucos. A esos monstruos malvados se les suele llamar “fuerzas del caos”. Tanto en la religión nórdica como en la mayor parte de otras culturas, los humanos tenían la sensación de que había un delicado equilibrio de poder entre las fuerzas del bien y del mal.

(...) Pero no se trataban únicamente de explicaciones. La gente no podía quedarse sentada de brazos cruzados esperando a que intervienen los dioses cuando amenazaban las desgracias (sequías). Las personas tenían que tomar parte activa en la lucha contra el mal. Esta participación se llevaba a cabo mediante distintos actos religiosos. El más importante en la épica de la antigua Noruega era el sacrificio, que se hacía con el fin de aumentar el poder del dios. Los humanos tenían que hacer sacrificios a los dioses para que éstos reuniesen fuerzas suficientes para combatir a las fuerzas del caos. Esto se conseguía mediante el sacrificio de un animal al dios en cuestión. Era bastante corriente sacrificar machos cabríos a Tor. En lo que se refiere a Odín, también se sacrificaban seres humanos (...)

También los griegos tenían su visión mítica del mundo cuando surgió la primera filosofía. Durante siglos, habían hablado de los dioses de generación en generación (...) Los primeros filósofos criticaron la mitología de Homero solo porque los dioses se parecían mucho a los seres humanos y porque eran igual de egoístas y de poco fiar que nosotros. Por primera vez se dijo que quizás los mitos no fueran más que imaginaciones humanas. (...) “Los seres humanos se han creado dioses a su propia imagen”. “Creen que los dioses han nacido y que tienen cuerpo, vestidos e idioma como nosotros. Los negros piensan que los dioses son negros y chatos, los tracios los imaginan rubios y con ojos azules. Incluso si los bueyes, caballos y leones hubiesen sabido pintar, habrían representado dioses con aspecto de bueyes, caballos y leones”. (...) El objetivo de los primeros filósofos era buscar explicaciones naturales a los procesos de la naturaleza.

[Fin de la carta].

Sofía dio vueltas por el amplio jardín. Intentó olvidarse de todo lo que había aprendido en el instituto (...) Comprendió que los humanos quizá hubieran necesitado siempre encontrar explicaciones a los procesos de la naturaleza. A lo mejor la gente no podía vivir sin tales explicaciones. Y entonces inventaron todos los mitos en aquellos tiempos en que no había ninguna ciencia.

Carta querido abuelo, Matías A.

23 de mayo del 2023

Querido Abuelo:

Aún tengo en mi memoria todos los recuerdos vividos junto a ti como si hubiesen sido ayer.

Cómo me gustaría regresar el tiempo a cuando era un niño y te íbamos a visitar junto a mis hermanos, ver tu cara de felicidad cuando llegábamos de sorpresa. Me gustaba tu casa en el campo, siempre tan acogedora y con muchos animales y un patio gigante donde podíamos estar horas jugando, correteando gallinas, pillando lagartijas mientras tú nos mirabas y cuidabas; mientras cosías zapatos y arreglabas pelotas de fútbol. Cómo no recordar cuando me pegabas los dedos chuecos con neopren para que se me enderezaran o cuando me despertabas en las mañanas con una pluma por la cara. Siempre nos entregaste mucho amor, ahora más grande me arrepiento mucho de haberme alejado de ti. Recuerdo las últimas veces que hablamos y llorabas y me retabas por portarme mal, el tiempo que llevo aquí me perdí estar contigo y poder despedirme de ti. Pero tú sabes que siempre fuiste todo para mí, sé que estás mejor y descansando. Me quedo con todos los momentos y recuerdos junto a ti. Me despido diciéndote que te amo y te extraño.

Matías A.

El hombre en busca del sentido, Víctor Frankl

Caminábamos kilómetros a trompicones, resbalando en el hielo y sosteniéndonos mutuamente, sin decir nada, pero los dos sabíamos que cada uno pensaba en su mujer.

Yo levantaba de vez en cuando la vista al cielo y veía diluirse las estrellas en el primer albor rosáceo de la mañana, tras una oscura franja de nubes. Pero mi mente se aferraba a la imagen de mi mujer, a quien imaginaba con asombrosa nitidez. La vi contestándome, sonriéndome con su mirada franca y alentadora. Real o imaginaria, su mirada iluminaba más que el sol del amanecer.

En ese estado de embriaguez un pensamiento vino a mi mente, comprendía, por primera vez, la verdad contenida en las canciones de los poetas y proclamada como el conocimiento supremo por tantos pensadores: el amor es la meta última y más alta a la que puede aspirar el hombre. Percibí entonces, en toda su profundidad, el significado del mayor secreto que la poesía, el pensamiento y las creencias intentan comunicar: la salvación del hombre consiste en el amor y pasa por el amor.

Comprendí que un hombre despojado de todo todavía puede conocer la felicidad aunque sea solo por un instante- si contempla al ser amado. Incluso en un estado de desolación absoluta, cuando ya no cabe expresarse mediante una acción positiva, cuando el único logro posible consiste en soportar dignamente el sufrimiento, en tal situación, el hombre es capaz de realizarse en la contemplación amorosa de la imagen de la persona amada. Por vez primera entendí el significado de las palabras: "Los ángeles se abandonan en la eterna contemplación amorosa de la gloria infinita".

Delante de mí un hombre tropezó y se desplomó, Y sobre él cayeron los que iban detrás. Furioso, el guardia se acercó y sacudió el látigo sobre los cuerpos esparcidos por el suelo. Este incidente distrajo mi pensamiento por unos segundos, pero enseguida mi alma encontró el camino para regresar a su mundo, y, olvidándome de la vida en cautiverio, seguí hablando con mi amada: yo le preguntaba y ella contestaba; luego ella preguntaba y yo respondía.

-¡Alto!

Habíamos llegado al lugar de trabajo. Nos precipitamos en el interior de la oscura caseta en busca de una herramienta en buen estado. Cada prisionero se hizo con una piqueta o una pala.

-¿No podéis daros más prisa, cerdos?

Pronto reanudamos el trabajo en la zanja, allí donde lo habíamos dejado el día anterior. El suelo helado crujía con los golpes de las piquetas y saltaban chispas. Los hombres permanecían silenciosos, con el cerebro entumecido.

Mi mente se aferraba aún a la imagen de mi mujer. De pronto me asaltó una inquietud: no sabía siquiera si seguía viva. Pero estaba convencido de algo: el amor trasciende la persona física del ser amado y halla su sentido más profundo en el ser espiritual, el yo íntimo. Que esté o no presente esa persona, que siga viva o no, en cierto modo carece de importancia.

Ignoraba si mi mujer vivía y no tenía medios para averiguarlo (a lo largo del cautiverio no tuvimos contacto postal con el exterior), pero en aquel momento esa cuestión había dejado de inquietarme.

No sentía necesidad de comprobarlo; nada afectaba a la fuerza de mi amor, a mis pensamientos y a la imagen de mi amada. Si entonces hubiera sabido que mi mujer estaba muerta, creo que -insensible a la noticia- habría seguido contemplando su imagen y hablando con ella con igual viveza y satisfacción.

“Ponme de sello sobre tu corazón [...] pues fuerte es el amor como la muerte” (Cantar de los cantares 8,6).

Capítulo 7

Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar, hago nacer cada vez la boca que deseo, la boca que mi mano elige y te dibuja en la cara, una boca elegida entre todas, con soberana libertad elegida por mí para dibujarla con mi mano por tu cara, y que por un azar que no busco comprender coincide exactamente con tu boca que sonrío por debajo de la que mi mano te dibuja.

Me miras, de cerca me miras, cada vez más de cerca y entonces jugamos al cíclope, nos miramos cada vez más de cerca y nuestros ojos se agrandan, se acercan entre sí, se superponen y los cíclopes se miran, respirando confundidos, las bocas se encuentran y luchan tibiamente, mordiéndose con los labios, apoyando apenas la lengua en los dientes, jugando en sus recintos donde un aire pesado va y viene con un perfume viejo y un silencio. Entonces mis manos buscan hundirse en tu pelo, acariciar lentamente la profundidad de tu pelo mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos, de fragancia oscura. Y si nos mordemos el dolor es dulce, y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella. Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura, y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua.

La hija única, Guadalupe Nettel

Hacia las tres, Alina vino a la casa. Después de natación había pasado por el mercado orgánico para comprar setas, tomates secos y queso. Me abrí una cerveza y le serví un agua mineral con hojas de menta mientras ella miraba absorta la escena familiar dentro del nido.

-Creo que tuviste razón en no tener hijos -me espetó mientras encendía un cigarrillo-. Ser madre implica preocuparse por alguien todo el tiempo.

- ¿Volviste a fumar? -pregunté sorprendida, sin saber cómo tomarlo.

Alina me miró con los ojos bien abiertos y una sonrisa torcida, la que mostraba siempre que alguien decía una obviedad. Su gesto me tranquilizó. Era una prueba de que, a pesar de las circunstancias y de la nueva forma que había adquirido su cuerpo, la Alina que yo conocía seguía existiendo.

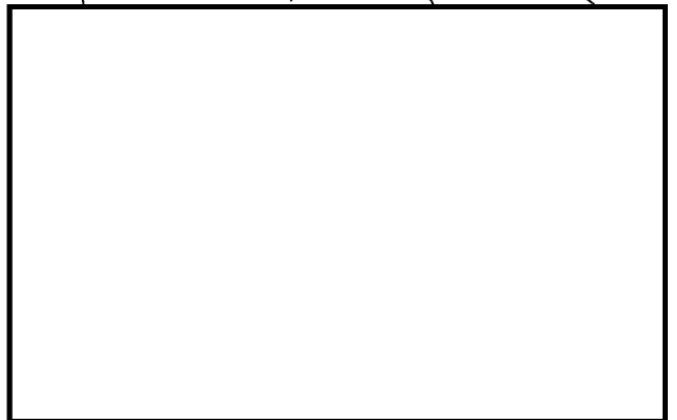
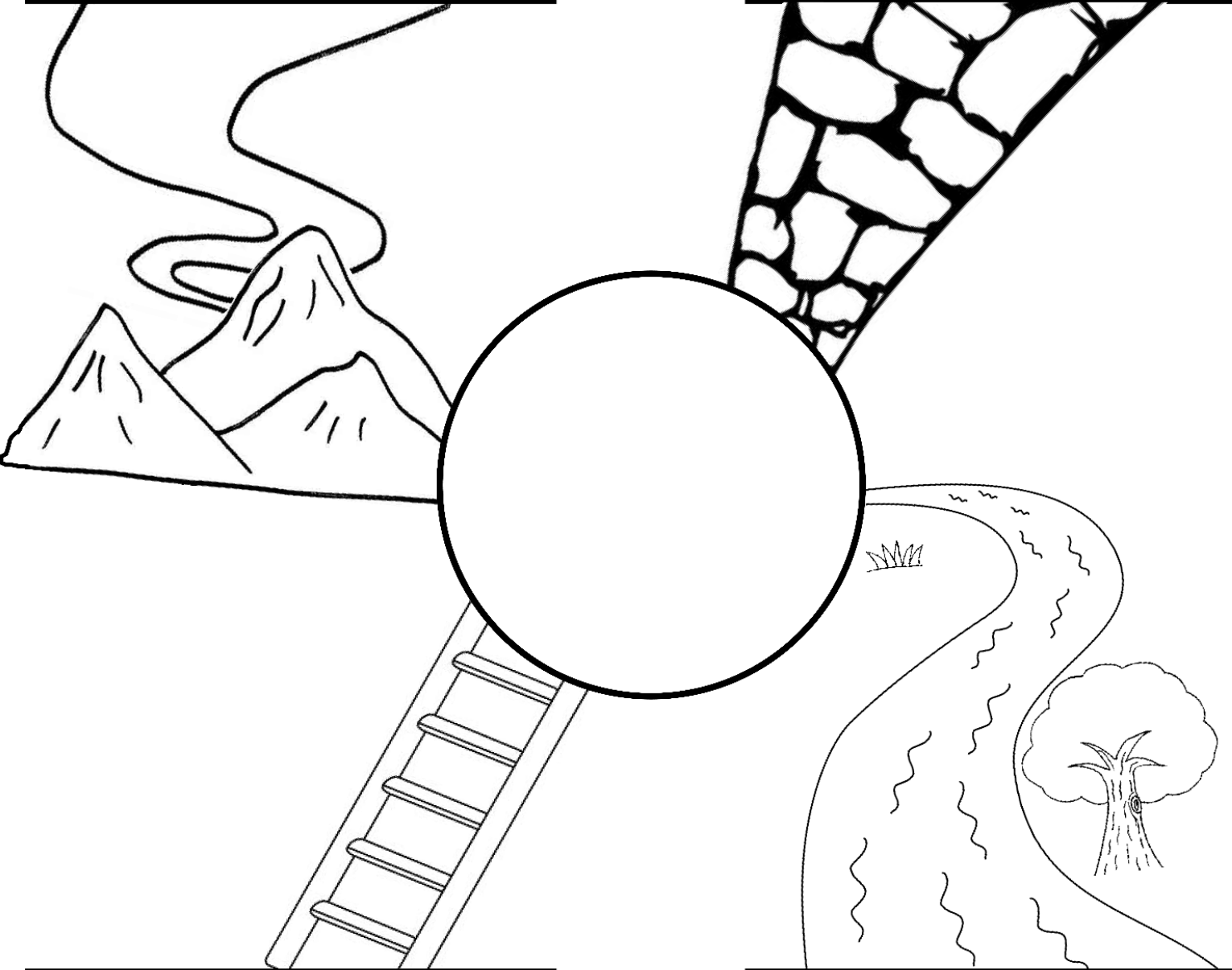
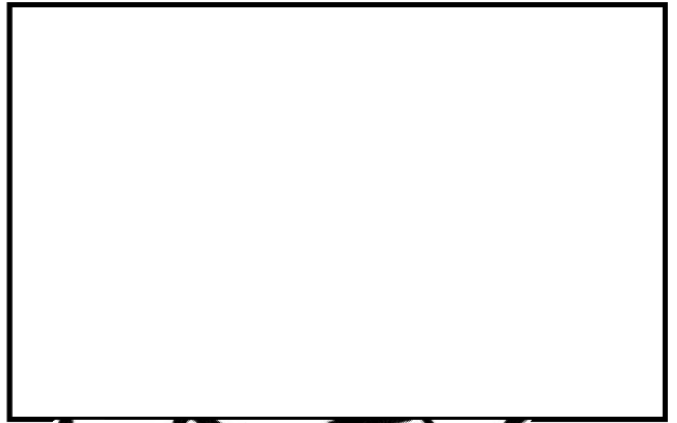
-Pareces despistada, pero en lo que de verdad importa eres bastante pragmática -siguió. Pensé que en otro tiempo nada me habría alegrado más que el hecho de que me diera la razón sobre ese tema. Ahora, en cambio, hubiese dado lo que fuera por verla tan contenta como estaba hacía un par de meses.

-Tal vez te cueste trabajo creerlo ahora, pero estoy segura de que volverás a sentirte bien. Debes esperar que pase el tiempo.

-No sé -contestó-. En este momento lo único que me entusiasma es conocer a Inés, tocarla, ver su carita. Lo que pase después no me interesa.

Debo admitir que era difícil comprenderla. ¿Para qué quería conocer a su hija si se iba a morir de inmediato? ¿No corría el riesgo de apegarse aún más a ella? Después pensé que el amor resulta con frecuencia ilógico, incomprensible. Muchos hacemos lo mismo cuando nos enamoramos de alguien que está enfermo; de alguien comprometido con una historia previa en la que no cabemos. ¿Quién no se ha sumergido en un amor abismal a sabiendas de que no tiene futuro, aferrado a una esperanza endeble como una brizna de hierba? Pourquoi durer est-il mieux que brûler?, se preguntaba escéptico Roland Barthes. El amor y el sentido común no siempre son compatibles. Generalmente uno tiende a elegir la intensidad por poco que dure y a pesar de todo lo que ponga en riesgo.

● **SESIÓN 4: Mis lugares**



El color de la piel, Ramón Díaz Eterovic

Fragmento 1

-Es bueno volver a ver los lugares que se aman-dijo Anselmo.

Nos encontrábamos en el restaurante "Central" de la calle San Pablo; uno de los pocos lugares que se mantienen inalterables, a pesar de los años y de la incesante transformación del barrio que, de la noche a la mañana, convierte un restaurante en sucursal bancaria o tienda ropa usada. El "Central" tenía una veintena de mesas cubiertas con manteles de hule floreado, espejos que duplicaban los rostros enrojecidos de los clientes y un mesón grande que siempre lucía brillante. Ese día su oferta de comida no era muy variada. Un mozo nos dijo que solo se podía comer congrio frito o un lomo a lo pobre. Opté por lo primero y Anselmo, más por llevar la contra que por apetito, pidió el segundo plato y luego de un rato quedó atónito cuando el mozo le trajo una generosa ración de papas y cebollas fritas, un gran trozo de carne y dos huevos.

Fragmento 2

Por algún extraño capricho del arquitecto a cargo del diseño de mi departamento, éste tiene dos baños y cada uno de ellos cuenta con su respectiva tina enlozada, amplia y con enormes patas de fierro que le daban un inconfundible aspecto de antigualla de museo. Uno de los baños lo tenía reservado para mi uso y el otro estaba convertido en un depósito de diarios y botellas que Anselmo botó al incinerador hasta dejar el lugar en un sitio habitable. Lavó las paredes e instaló un pequeño colchón en el interior de la tina de baño. De la regadera de la ducha colgó una lámpara y a un costado de la tina colocó un velador de madera adquirido en una tienda de remates. Dormía dentro de la tina y de acuerdo a los ronquidos que oía desde mi dormitorio, el estrambótico lecho no era obstáculo para que su sueño transcurriera plácido y sin pausa.

La vergüenza, Annie Ernaux

La Rue du Clos-des-Parts es estrecha, irregular, sin aceras, con bajadas bruscas y curvas muy cerradas. Tiene muy poco tráfico: solo la transitan de noche algunos obreros que se dirigen en bicicleta hacia la carretera de El Havre. Por la tarde es muy silenciosa, solo se oyen a lo lejos los sonidos del campo. En esta calle se encuentran las casas de algunos empresarios que tienen su taller al lado y muchas casas viejas de la misma altura, pegadas unas a otras, en las que viven empleados y obreros. La Rue du Clos-des-Parts se comunica a través de cuatro sinuosos caminos, inaccesibles a los coches, con el vasto barrio del Champ-de-Courses, que se extiende hasta el terreno hípico, donde sobresale el hospicio. Es un barrio sombrío de casas viejas, frente a las cuales se extienden setos y jardines, y donde vive gente «económicamente menos favorecida» que en otros sitios, como, por ejemplo, familias numerosas y viejos. Desde la Rue de la République hasta los senderos del Champ-de-Courses se pasa, en menos de trescientos metros, de la opulencia a la pobreza, de lo urbano a lo rural, de la amplitud a la aglomeración. De la gente de la que no sabemos nada a aquella de la que sabemos a cuánto asciende la ayuda oficial que reciben, lo que comen y beben, y a qué hora se acuestan.

(Describir por primera vez, sin más norma que la precisión, unas calles en las que nunca me he parado a pensar, que solo recorrí durante mi infancia, es hacer legible la jerarquía social que existía en ellas. Tengo la sensación de estar cometiendo un sacrilegio al sustituir la suave topografía de los recuerdos, formada de impresiones, colores, imágenes —¡la villa Edelin! ¡La glicina azul! ¡Las zarzamoras del Champ-de-Courses!—, por otra de líneas duras que la despoja de todo su encanto, pero cuya evidente verdad ni siquiera es discutible por la propia memoria: en 1952 me bastaba con ver las grandes fachadas de aquellas casas con sus vastas extensiones de césped y sus avenidas de gravilla para saber que sus ocupantes no eran como nosotros.)

Al sur de la Alameda, Lola Larra y Vicente Reinamontes

Quiero creer que nadie conoce este acceso al techo. Quiero pensar que he sido el primero y el único en descubrirlo. Confío en que pocos tienen la fuerza y la habilidad para alzarse solo con los brazos y llegar hasta aquí arriba.

Desde el techo del colegio, la calle y la cuadra parecen otras. Desde aquí arriba ves las entrañas de las construcciones, los patios interiores en los que cuelga ropa tendida, las ventanas sucias de polvo, los destartados techos de zinc. Y los muros grises por el smog, las paredes de cemento y de ladrillo que se abren a terrenos vacíos, allí donde han echado abajo las antiguas casa de adobe que poblaban la zona cuando yo era chico.

Poco más allá, distingo las copas de los árboles de la Alameda. Al norte de la avenida se juega la primera división de las movilizaciones. De este lado, al sur de la Alameda, estamos los segundones, la liga B. Allí los liceos pelean con la policía, reciben palos, lanzan bombas de pintura y viven la protesta cercados por las patrullas y las cámaras de los periodistas. Todo envuelto en las humaredas de los neumáticos en llamas y las bombas lacrimógenas.

Pero hoy es domingo y todo está tranquilo, vacío de gente uy der autos. Las tiendas cerradas, la gente guardad en sus casas y Santiago convertida en una ciudad deshabitada y silenciosa.

Mi amigo Domingo dice que Santiago apesta, que apenas termine la universidad se irá a otro lados, a Europa, a Asia, a recorrer el mundo haciendo un programa de viajes que emitirá por Internet. Estoy seguro de que va a hacerlo; es de esa gente que siempre hace lo que se propone.

Corre un viento helado y tengo que subirme el cierre del polerón y meter las manos en los bolsillos. No me gusta nada el frío. Detesto el invierno. Yo prefiero mil veces Santiago en verano. A mí esta ciudad me gusta mucho en verano. Me gusta el sonido monótono y tranquilizador de los regadores encendidos en las lardes, refrescando los parques y levantando un intenso olor a pasto húmedo.

Me deslizo con cuidado hasta el otro lado del techo, hasta que el patio del colegio se abre ante mí. Es el mismo patio de siempre pero lo estoy mirando con otros ojos. Ahora lo conozco de noche. Lo he visto vacío y silencioso como nunca. Y también con una fogata en medio, lleno de gente bailando y proyectando sombras en la pared del fondo. Estos cinco días viviendo en el colegio han logrado algo insólito: Que yo lo mire de otra manera. Es el mismo colegio de siempre, en el que he estudiado desde preescolar, pero también es otro.

De pronto, en una de las ventanas del edificio contiguo al colegio algo se mueve fugazmente. En medio de la oscuridad creo ver una figura tras las cortinas pero, al volver a mirar, entrecerrando los ojos para enfocar mejor, ya no hay nada. Estoy seguro de que “la loca de los perros” ha estado observándome hace un buen rato.

La vida simplemente, Óscar Castro

El tren de los mineros pita tres veces cuando las primeras casas del pueblo surgen en la distancia. La calle que corre paralela a la vía férrea - la última de la ciudad por el sur - empuja rostros curiosos a cada ventana y a cada puerta- Surge el muchacho desharrapado y mugriento a quien el alarido del silbato y el resoplan de las calderas hizo abandonar su trompo en el patio interior. Surge la mujer con un hijo esmirriado en los brazos, y por frente a sus ojos van cruzando los pequeños vagones con las ventanillas taponadas de rostros duros y curtidos. Surge el obrero cesan que aguarda al amigo que viene "de arriba" con los bolsillos pesados de billetes. Y la locomotora sacude sobre los techos bajo y carriados el humo espeso de la chimenea, remeciendo los trozos de vidrio que por casualidad quedan intactos en alguna vivienda. Son las tres y quince minutos. En las ventanillas de los vagones aletean manos morenas; otras manos responden desde abajo y el trencito, más que vidas humanas, lleva una carga de esperanzas.

Esto sucede todos los días. Siempre hay rostros asomados a las ventanas a las tres y quince de la tarde. Siempre hay manos que saludan y manos que responden. Siempre hay una mujer triste que ya no aguarda nada y que contempla, sin embargo, cómo pasan los vagones por frente a sus ojos que se cansaron de mirar la vida.

La calle es una cosa olvidada por los que viven más al centro. Tiene casas por un solo lado, y el viento del sur, tras galopar por los potreros libres, viene a estrellarse en ella como en un gris tajamar. Hay paredes ruinosas por todas partes; perros echados al descuido sobre la tierra caliente; matas de zarzamoras, yuyos, achicorias y un agua que corre pesadamente por un lecho de cieno. El viento del invierno zumba y silba en los alambres que van por el lado de la línea. Y éste es el latido de la calle, su pulso quejumbroso.

Entre las casas, hay una pintarrajeada de amarillo y café, con un farol de lata y vidrios azules colgando a su puerta. Hacia adentro sigue un pasadizo que desemboca en una vasta sala. El piso está cubierto por una alfombra llena de roturas. Hay un piano vetado de manchas, con un candelabro de menos y unas teclas ahumadas y fúnebres.

En las paredes pintadas con carburo cuelgan viejas litografías (impresión de un dibujo o grabado) que representan escenas de amor. La luz es sucia, grasosa y cae como una desgracia sobre las sillas de tapiz raído y chillón, arrancando aquí y allá una hebra de brillo mortecino.

De esta casa salen por la noche carcajadas, cantos, discusiones. A veces, unos gritos, unos insultos tremendos, un quebrarse de vasos o botellas. Pero el piano vuelve a sonar y pronto empieza de nuevo de canto. Alguno está tirado por ahí, en un rincón, durmiendo obligadamente su borrachera. Alguno salió hacia la noche, maldiciendo. Alguno se quedó boca arriba, inmóvil bajo las estrellas, con un tajo en el pecho. Cuando esto último sucede, la calle se llena con un ruido de sables y de cascos. El sargento Godoy, pesado, coloradote, destaca su corpachón inmenso bajo la chorreadura azulada del farol. Rebrillan los botones en su pecho abombado y repiquetean sus firmes espaldas. De la casa van saliendo mujeres ebrias, clientes que vociferan, guardianes que amenazan con sus revólveres. La vieja Linda, dueña del prostíbulo, echase un chal de lana sobre los hombros y es la última en abandonar la casa, como el capitán de un barco que se hunde. Ya en la puerta, imparte las instrucciones finales al Saucino, su hijo, un pavote de catorce años que mira con ojos sesgados y huidizos a los policías.

-Si viene gente - le encarga - dile que vuelva mañana, porque yo ando en la comisaría con las chiquillas... - Y no se te olvide cerrar.

Después se vuelve hacia el sargento:

-¿Vamos andando, Bernardo?

El cortejo prosigue calle abajo, en dirección al cuartel de policía.

Al día siguiente, el piano está sonando de nuevo y se escuchan adentro los gritos de siempre.

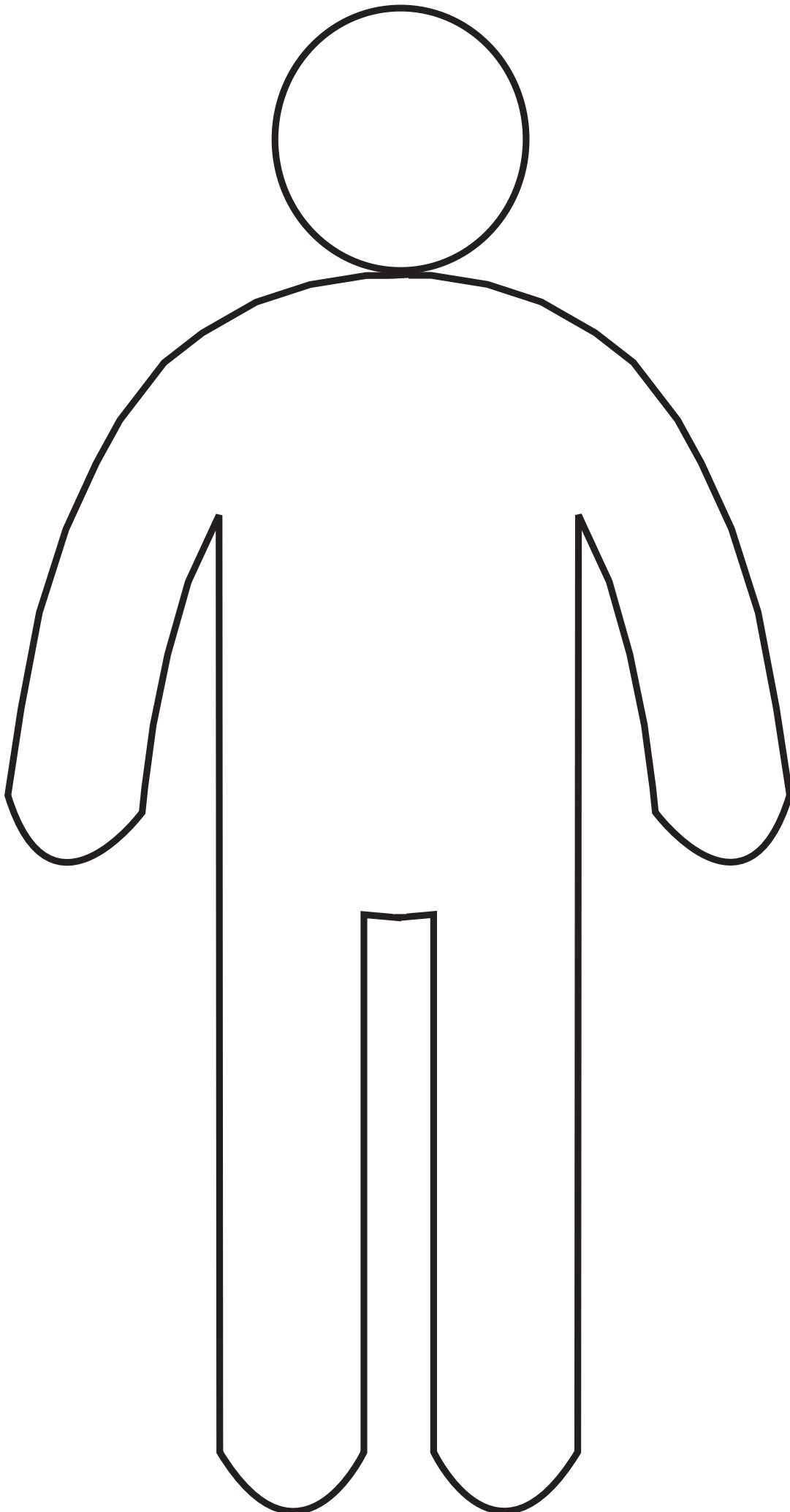
Tango - Cafetín de Buenos Aires, Enrique Santos Discépolo

De chiquilín te miraba de afuera
Como a esas cosas que nunca se alcanzan
La ñata contra el vidrio, en un azul de frío
Que solo fue después viviendo igual al mío
Como una escuela de todas las cosas
Ya de purrete me diste entre asombros
El cigarrillo, la fe en mis sueños
Y una esperanza de amor
¿Cómo olvidarte en esta queja?
Cafetín de Buenos Aires
Si sos lo único en la vida
Que se pareció a mi vieja
En tu mezcla milagrosa
De sabihondos y suicidas
Yo aprendí filosofía, dados, timba
Y la poesía cruel de no pensar más en mí
Me diste en oro un puñado de amigos
Que son los mismos que alientan mis horas
José, el de la quimera, Marcial, que aún cree y espera

Y el flaco Abel, que se nos fue, pero aún me guía
Sobre tus mesas que nunca preguntan
Lloré una tarde el primer desengaño
Me hice a las penas y bebí mis años
Y me entregué sin luchar
En tu mezcla milagrosa
De sabihondos y suicidas
Yo aprendí filosofía, dados, timba
Y la poesía cruel de no pensar más en mí.



SESIÓN 5: Desde el cuerpo



La metamorfosis, Franz Kafka

Una mañana, al despertar Gregorio Samsa de un sueño agitado, se encontró sobre su cama convertido en un horrible insecto. Estaba acostado sobre su espalda, y esta era dura como un caparazón. Al levantar un poco la cabeza pudo ver su vientre curvo, oscuro, dividido en partes rígidas y arqueadas. Sobre esas protuberancias a duras penas podía sostenerse el cubrecama, que estaba a punto de resbalar al suelo. Tenía muchas patas, ridículamente pequeñas en comparación con el resto de su cuerpo, y se agitaban con desesperación ante sus ojos. «¿Qué me ocurrió?», pensó. No era un sueño.

Su habitación, una habitación común y corriente, aunque algo pequeña, permanecía tranquila entre sus cuatro paredes familiares. Por encima de la mesa, sobre la que se encontraba extendido un muestrario de telas desempaquetas —pues Samsa era viajante de comercio— colgaba la lámina que hacía poco había recortado de una revista y había colocado en un bonito marco dorado. Representaba a una dama arreglada con un sombrero y una boa de piel; estaba sentada muy erguida y levantaba hacia el observador un pesado manguito de piel, en el cual había desaparecido su antebrazo.

La mirada de Gregorio se dirigió después hacia la ventana. El tiempo lluvioso —se oían caer gotas de lluvia sobre la chapa del alféizar de la ventana— lo ponía muy melancólico. «¿Qué pasaría —pensó— si continúo durmiendo un poco más y me olvido de todo este disparate?». Pero eso era completamente imposible, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho, y en su estado actual no podía colocarse en esa postura. Aunque se lanzaba con mucha fuerza hacia el lado derecho, una y otra vez se volvía a balancear sobre la espalda. Lo intentó cien veces, cerraba los ojos para no tener que ver las patas enloquecidas.

Dejó de hacerlo cuando comenzó a notar en el costado un dolor leve y sostenido que nunca antes había sentido. «¡Dios mío qué profesión tan dura he elegido!», pensó.

Un día tras otro viajando. Los trabajos así son peores que en el almacén de la ciudad. Tengo que soportar este ajetreo de viajar, estar al tanto de las combinaciones de trenes, comer mal y a cualquier hora, y tratar con personas nuevas todo el tiempo. Nunca puedo tener una relación duradera, una amistad verdadera.

¡Que se vaya todo al diablo!». Sintió un leve picor en el vientre. Con la espalda se deslizó lentamente más cerca de la cabecera de la cama para poder levantar mejor la cabeza; se encontró con que la parte que le picaba estaba totalmente cubierta por unos pequeños puntos blancos que no sabía a qué se le debían. Quiso palparlos con una pata, pero inmediatamente la retiró, porque el roce le producía escalofríos. Se deslizó de nuevo a su posición inicial.

Bajo el sol de Kenia, Barbara Wood

La operación se llamaba irua y consistía en tres partes: extirpar el clítoris, recortar los labios y cerrar la vulva con puntos de sutura.

Su finalidad era atenuar la lujuria de las muchachas, poner coto a la promiscuidad sexual e imposibilitar la masturbación. Se creía que, una vez eliminada la parte sensible de los genitales y reducida la abertura vaginal al ancho de un dedo meñique, las muchachas se abstendrían de hacer experimentos antes del matrimonio. Más adelante, al ser compradas por un esposo, serían sometidas a un examen para que éste estuviera seguro de su virginidad, tras lo cual se haría una incisión para que el coito fuera posible.

La irua era uno de los rituales más antiguos y venerados de los kikuyu; señalaba la entrada oficial de una muchacha en la tribu y celebraba su paso a la condición de mujer. Las que se sometían a la irua eran honradas y respetadas entre el clan; a las otras se las consideraba proscritas y tabú.

Wachera llevaba varios días preparando sus instrumentos y medicinas.

Habían transcurrido muchas cosechas desde la última vez que ejecutara la sagrada irua, ya que el temor de su pueblo a las represalias del hombre blanco había ocasionado el abandono de muchos importantes rituales de los kikuyu; así pues, Wachera se sentía orgullosa y honrada de ejecutarla ese día. Los antepasados estaban complacidos; se lo habían dicho.

(...) Aunque muchos kikuyu no estaban de acuerdo y se negaban a participar en la irua de ese día, pues creían a los misioneros cuando decían que era una costumbre monstruosa y bárbara, los verdaderos Hijos de Mumbi traerían a sus hermanas e hijas a la selva para que Wachera las circuncidara. Volvió a escuchar por si se oían los cánticos.

Mientras Wachera trabajaba en la intimidad de la choza de iniciación, muchachas de todo el distrito, de nueve a diecisiete años de edad, se bañaban en las heladas aguas del río. Mientras las ancianas de la tribu montaban guardia en las márgenes, para tener la seguridad de que ningún hombre o ninguna persona no kikuyu las espíase, las muchachas que iban a ser iniciadas tiritaban y se helaban en unas aguas que tenían por objeto insensibilizarlas, pues no se utilizaría anestesia en la operación.

Cantaban las canciones ceremoniales y dejaban caer hojas en el río como símbolo de que sus espíritus infantiles se ahogaban. Permanecerían en el agua helada hasta apenas sentir nada de cintura para abajo; luego seguirían un sendero que llevaba a una choza construida especialmente en la selva.

Antes del amanecer Wachera se había bañado en el río y afeitado la cabeza. Ahora se estaba pintando el cuerpo con pintura sagrada: yeso blanco del monte Kenia y ocre negro. Mientras se pintaba iba recitando palabras sagradas que hacían del yeso y el ocre potentes medicinas contra los malos espíritus. Después, volvió a comprobar las hojas curativas, las que ahuyentaban a los espíritus de la infección y la mezcla de leche y hierbas calmantes con que rociaría las heridas recién abiertas. Apartó unas hojas de dulce aroma para la última parte de la operación, momento en que las ataría entre las piernas de las muchachas antes de que las llevaran a la choza donde se curarían. Finalmente, Wachera inspeccionó su cuchillo de hierro. Estaba afilado y limpio, tal como le había enseñado su abuela, la anciana Wachera. Pocas de sus muchachas llegaban a sentir dolor en el momento de cortar o morían con la sangre envenenada.

Se oyeron unos cánticos lejanos y Wachera se dirigió a la puerta de la recién construida choza de iniciación. Tías y madres construían alegremente el arco ceremonial con plataneros, cañas de azúcar y flores sagradas en la entrada del hogar temporal. El arco era un medio de comunicación con los espíritus ancestrales: nadie salvo las iniciadas podían pasar por debajo de él. Otras mujeres estaban extendiendo pellejos de vaca en el suelo: las muchachas se sentarían en ellos durante la operación. Y otras preparaban el festín a base de cordero asado y cerveza de caña de azúcar que seguiría a la terrible prueba.

La irua era una de las celebraciones más solemnes y al mismo tiempo más gozosas de los kikuyu. El corazón de Wachera se henchía al ver a su pueblo unido de nuevo para participar en una de las antiguas costumbres. ¡Sin duda el Dios de la Luz se sentiría complacido! ¡Sin duda esta vuelta a las costumbres de los antepasados era una señal de que el hombre blanco no tardaría en irse de la tierra de los kikuyu! Y significaba que su hijo David pronto volvería a casa.

De repente, por primera vez en muchos años, Wachera Mathenge se sintió muy feliz.

El tatuador de Auschwitz Heather Morris

Las nubes se amontonan. Se oye un trueno a lo lejos. Los hombres esperan.

Un oficial superior, acompañado por una escolta de soldados, llega al frente del grupo. Tiene la mandíbula cuadrada, labios delgados y ojos cubiertos por frondosas cejas negras. Su uniforme es simple en comparación con los que lo rodean. No lleva los rayos gemelos. Su actitud demuestra claramente que él es el hombre a cargo de todo.

-Bienvenidos a Auschwitz.

Lale oye las palabras, que salen de una boca que apenas se mueve, sin poder creer en ellas. Después de haber sido forzado a abandonar su casa y transportado como un animal, en ese momento rodeado por SS fuertemente armados, le estaban dando la bienvenida... ¡la bienvenida!

-Soy el comandante Rudolf Hoess. Estoy a cargo aquí, en Auschwitz. Las puertas por las que ustedes acaban de pasar dicen: "El trabajo os hará libres". Esta es su primera lección, su única lección. Trabajo duro. Hagan lo que les digan y serán libres. Si desobedecen, habrá consecuencias. Serán procesados aquí y luego serán llevados a su nuevo hogar: Auschwitz Dos-Birkenau.

El comandante observa sus rostros. Comienza a decir algo más, pero es interrumpido por el ruido de un gran trueno. Mira al cielo, murmura unas palabras entre dientes, mueve una mano con un gesto despectivo y se da vuelta para alejarse. La actuación ha terminado. Su escolta de seguridad se apresura a seguirlo. Una exhibición torpe, pero aun así, intimidante.

Comienza el trámite. Lale observa mientras los primeros prisioneros son empujados hacia adelante, hacia las mesas. Está demasiado lejos como para oír los breves intercambios de palabras, solo pueden ver que los hombres sentados y en pijama anotan los detalles y le entregan a cada preso un pequeño recibo. Finalmente esa el turno de Lale. Tiene que dar su nombre, dirección, ocupación y los nombres de sus padres. El gastado prisionero junto a la mesa escribe las respuestas de Lale con prolijas y ordenadas letras de imprenta y le entrega un pedazo de papel con un número escrito.

En ningún momento el hombre levanta la cabeza y se encuentra con los ojos de Lale.

Lale mira el número: 32407.

Avanza junto con el flujo de hombres hacia otro grupo de mesas, donde hay otros presos con trajes rayados que llevan el triángulo verde, y más SS custodiándolos. Su deseo de beber agua es acuciante. Sediento y agotado, se sorprende cuando el pedazo de papel le es sacado de la mano. Un oficial SS le quita el abrigo, arranca la manga de la camisa y empuja el antebrazo izquierdo sobre la mesa. Mira sin poder creer lo que ve mientras los números 32407 son inscriptos en su piel, uno después del otro, por el prisionero. El pedazo de madera con una aguja incrustada se mueve rápida y dolorosamente. Luego, el hombre toma un trapo sumergido en tinta verde y lo frota bruscamente sobre la herida.

El tatuaje ha tardado solo unos segundos, pero el shock de Lale hace que el tiempo se detenga. Se agarra el brazo, con la mirada fija en el número. “¿Cómo puede alguien hacerle esto a otro ser humano?” Se pregunta si por el reto de su vida, sea corta o larga, él será definido por este número irregular: 32407.

Elegí vivir, Daniela García

El accidente. ¿Dónde estoy?, ¿estaré soñando? ¡Qué oscuridad! Poco a poco mi vista se fue acostumbrando a las tinieblas. Traté de levantar mi cabeza y noté que estaba acostada sobre pequeñas piedras. ¿Qué es esto?, mejor me vuelvo a dormir, ¡pero todo se ve tan real! Comencé a analizar lo que tenía alrededor: sí, estaba de espaldas sobre los durmientes de una línea de ferrocarril. Los recuerdos empezaron a regresar mezclados con una sensación de irrealidad. Yo viajaba en un tren con mis amigos, ¿pero cómo había llegado aquí? Miré hacia adelante pero ya no se veía ningún tren, ¿por qué se olvidaron de mí?, ¿por qué me dejaron botada?, la cabeza me daba vueltas.

Los cabellos sobre mis ojos no me permitían ver bien. Alcé mi brazo izquierdo para despejarme la cara, pero no hubo contacto entre mi mano y mi rostro. Repetí el movimiento pero nuevamente pasó lo mismo. ¿Qué ocurre? Miré mi brazo y vi con espanto... ¡que no tenía mano! Inmediatamente busqué mi mano derecha sólo para darme cuenta de que también la había perdido. ¡No puede ser!

Debo estar soñando, no puede haber otra explicación, tiene que ser una pesadilla. ¿Pero, y mi viaje en tren? Seguramente me quedé dormida, ¡pero yo iba caminando con Diego y Marco! Capaz que todo haya sido un sueño, ¡pero tan real! Y si estoy soñando, ¿por qué no despierto?, ¡quiero despertar!, ¡quiero despertar en mi camita! Pero yo seguía ahí, tirada sobre las piedras. No, no iba a despertar. Traté de comprender mejor la situación. Todavía no podía entender cómo había llegado ahí, pero sabía que estaba en la mitad de los rieles ¿Y si pasara otro tren? ¡Tengo que salir de aquí! Intenté pararme, sólo para volver a caer. Miré mis piernas, ¡no podía creerlo!, mi pantalón estaba rasgado, manchado con sangre. Mi pierna izquierda estaba cortada sobre la rodilla y mi pierna derecha a nivel del tobillo. ¡Había perdido no sólo mis manos, sino también mis piernas! La angustia y el horror eran demasiado grandes, sólo me pude desahogar gritando.

-No, esto es imposible, ¿por qué a mí?, ¡sólo tengo 22 años! No puede ser verdad, no quiero ser inválida. ¡Mami! ¿Qué hice yo? ¡Sólo iba en un tren!

Me sentía tan sola, yo creo que ahí entendí realmente lo que significa la soledad. Toda la gente que quiero pasó por mi cabeza, pero ninguno estaba conmigo. ¿Por qué nadie venía a recogerme?

Traté de calmarme, algo tenía que hacer, y pensé en mi papá. ¡Él es médico! Él me va a ayudar a recuperarme si esto es real. Ahora la medicina está tan avanzada, ¡me pondrían mis piernas y manos otra vez! Aferrada a ese pensamiento, con todas mis esperanzas puestas en él, decidí luchar por mi vida. No quería morir, aún tenía muchas cosas que hacer, metas que cumplir, recién comenzaba a vivir. Lo primero es salir de aquí. Tenía muy pocas fuerzas, pero las concentré en levantarme como fuera, para intentar pasar sobre una gran viga de metal, el riel. Me dolía todo el cuerpo, estaba muy mareada, y con el riel me golpeé fuertemente el muslo derecho. Pero, después de hacer un gran esfuerzo lo logré, ahora yacía en medio de ambas vías, fuera de peligro de ser arrollada por otro tren. ¿Y ahora qué hago? Necesitaba encontrar a alguien que me ayudara, y tenía que ser luego porque el mareo aumentaba y podía perder la conciencia.

Miré a mi alrededor, tratando de ver a través de la oscuridad, y a lo lejos distinguí luces blancas y azules. ¡Una bomba de bencina! ¡Eso es, ahí debe haber gente! Comencé a arrastrarme hacia allá, pero no alcancé a recorrer ni un metro cuando me di cuenta de que mis fuerzas me abandonaban. Jamás iba a lograrlo, era demasiado lejos. Tal vez me escuchen. Toda la energía restante la usé para gritar lo más fuerte que podía.

-¡Ayúdenme! ¡Alguien, por favor, ayúdeme! ¡Ayuda! ¡Necesito ayuda!

Grité hasta que ya no me quedaron fuerzas. Tampoco pude mantenerme sentada, tuve que recostarme. El cansancio y el mareo hicieron que de a poco mis ojos se fueran cerrando. De pronto escuché un ruido, ¿alguien habría oído mis súplicas? Me volví, pero sólo vi un perro que olía algo. Fijé más mi vista para ver qué husmeaba. ¡No lo puedo creer! ¡Era mi pierna, la pierna que me había cortado el tren! Por favor, que la deje. No me atrevía a moverme por temor a que el perro me mordiera. Pero no quería que le hiciera nada a mi pierna, ¡me la tenían que volver a poner!

-Por favor, perrito ándate, deja mi pierna.

Al cabo de unos minutos eternos, el perro se alejó. El susto me dio nuevas fuerzas y reanudé mis gritos de auxilio. Pero sólo obtuve silencio como respuesta. Estaba tan sola. Mi cuerpo ya no podía más, no era capaz sostenerme. Fui perdiendo la conciencia poco a poco. Mi mente comenzó a divagar, el sueño me fue venciendo. Después de todo, tal vez sí estaba soñando.

SESIÓN 6: Hacia el futuro

No te rindas, Mario Benedetti

No te rindas, aún estás a tiempo
de alcanzar y comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,
liberar el lastre, retomar el vuelo.

No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje,
perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo,
correr los escombros y destapar el cielo.

No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se esconda y se calle el viento,
aún hay fuego en tu alma,
aún hay vida en tus sueños,
porque la vida es tuya y tuyo también el deseo,
porque lo has querido y porque te quiero.

Porque existe el vino y el amor, es cierto,
porque no hay heridas que no cure el tiempo,
abrir las puertas quitar los cerrojos,
abandonar las murallas que te protegieron.

Vivir la vida y aceptar el reto,
recuperar la risa, ensayar el canto,
bajar la guardia y extender las manos,
desplegar las alas e intentar de nuevo,
celebrar la vida y retomar los cielos,

No te rindas por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se ponga y se calle el viento,
aún hay fuego en tu alma,
aún hay vida en tus sueños,
porque cada día es un comienzo,
porque esta es la hora y el mejor momento,
porque no estás sola,
porque yo te quiero.

Poema atribuido a Borges, pero cuyo verdadero autor sería Don Herold o Nadine Stair

Si pudiera vivir nuevamente mi vida,
en la próxima trataría de cometer más errores.
No intentaría ser tan perfecto, me relajaría más.
Sería más tonto de lo que he sido,
de hecho tomaría muy pocas cosas con seriedad.
Sería menos higiénico.
Correría más riesgos,
haría más viajes,
contemplaría más atardeceres,
subiría más montañas, nadaría más ríos.
Iría a más lugares adonde nunca he ido,
comería más helados y menos habas,
tendría más problemas reales y menos imaginarios.

Yo fui una de esas personas que vivió sensata
y prolíficamente cada minuto de su vida;
claro que tuve momentos de alegría.
Pero si pudiera volver atrás trataría
de tener solamente buenos momentos.

Por si no lo saben, de eso está hecha la vida,
sólo de momentos; no te pierdas el ahora.

Yo era uno de esos que nunca
iban a ninguna parte sin un termómetro,
una bolsa de agua caliente,
un paraguas y un paracaídas;
si pudiera volver a vivir, viajaría más liviano.

Si pudiera volver a vivir
comenzaría a andar descalzo a principios
de la primavera
y seguiría descalzo hasta concluir el otoño.
Daría más vueltas en calesita,
contemplaría más amaneceres,
y jugaría con más niños,
si tuviera otra vez vida por delante.

Pero ya ven, tengo 85 años...
y sé que me estoy muriendo.

Carta hacia el futuro, Matías A.

Bueno en este momento me encuentro privado de libertad y quiero escribir una carta a mi yo del futuro.

Nunca divides tu Pasado Recuerda todo lo que pasaste estando privado de libertad, tu soledad, tu tristeza, las veces que necesitaste de la familia un abrazo, un consejo, un beso y no lo tuviste a causa de malas dediciones que tomaste en tu vida pero no te pido que lo recuerdes para juzgarte o criticar te lo pido para que nunca vuelvas a hacer cosas que te agian volver a vivir todo eso, vive, lucha, esfuerzate por salir adelante no dejes que nadie apague tu luz tus ganas de cambiar, se que te ira bien que todo lo que te propongas lo conseguiras, disfruta la familia cuidalos protegelos el tiempo no se puede recuperar todo ese tiempo privado de libertad que estuviste lejos de la familia ahora es el momento de demostrar todo lo que los necesitaste amalos demuestra tu amor con ellos no olvides que en tu peor momento son los unicos que estuvieron contigo, mucha gente te va a criticar te le cerraran muchas puertas muchos te daran la espalda pero nunca, nunca dejes de luchar por tu felicidad espero todo lo vivido te haya servido para ser mejor persona y valorar mas la vida....

MATIAS A.

Esta guía didáctica fue diseñada por el equipo de la Coordinación de Bibliotecas en Recintos Penitenciarios. Programa BiblioRedes. Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. Chile.

Toda la metodología (incluye objetivos, temáticas abordadas, actividades prácticas, selección de textos, recursos web, materiales didácticos, entre otros) fue creada en base a insumos proporcionados durante años por talleristas que han ejecutado estas actividades en cárceles de todo el país, además de la opiniones y sugerencias de personas privadas de libertad participantes de los talleres, expresadas anónimamente en una encuesta realizada al finalizar cada taller.

También para esta versión 2024 se contó con la colaboración e insumos proporcionados por el profesor Konstantin Mierau, de la Universidad de Groninga, Países Bajos, quien ha realizado estudios relacionados con consumo literario en cárceles entre 2017 y 2023.